

HIRSCHMANN, Ursula: *Nosotros, sin patria*, introducción, revisión y notas de María Xosé Agra Romero, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2019, 151p.

*“Quisiera señalar aquí, sin falsa modestia, que quizás en amor merezco un diez [...] ¡Pero cuánto me ha costado todo eso! Prácticamente toda la vida ha sido un continuo esfuerzo en torno al “amor”, es decir, en torno a la nada. Porque si hubiera sido médico o arquitecto habría invertido todos los tesoros de mi inventiva, de mi instinto, y de mi intelecto en otro objetivo que no fuera yo. Tal objetivación de mi persona me hubiera enseñado, por su misma naturaleza, aquel desapego y aquel equilibrio que he perseguido con inmensa fatiga por el camino equivocado, ¡el camino “femenino”!” (p. 91).*

Para Ursula Hirschmann amar es su “única manera de quedar(se) en la realidad”. La activista que se hizo europeísta, no por razonamiento o compromiso moral, como ocurrió con su antifascismo, sino por seguir su camino, apela en su autobiografía inacabada por su peor miedo, la muerte, a amar su patria. Amar su origen, Alemania, es una metáfora de aceptarse, de encontrarse a si misma. La autora tiene la imperiosa necesidad de fijar las imágenes, de permitirse trascender. Lo que un médico deja en sus pacientes y un arquitecto en sus construcciones, Ursula Hirschmann, una mujer dedicada a defender su idea de libertad que la convirtió en una “europea errante” (p. 29), lo deja en su legado, su activismo político, y empieza a darle forma en sus memorias. Quizás consciente de que probablemente no escribirán sobre ella, por su condición de mujer, que tanto la hizo reflexionar a partir de la angustia que sentía en esa su época, de juventud y primera madurez, y que después reconoció como originada en ese atrapamiento que la sociedad hace a las mujeres, subsumiendo sus capacidades a la tentación estética.

---

*Recibido: 25/03/2020. Aceptado: 31/03/2020.*

En sus memorias, Hirschmann hace viva la máxima atribuida al poeta alemán Rilke: “la verdadera patria del hombre es la infancia” y la reivindica también para las mujeres. Su patria pasó porque no es un lugar, sino un lugar con un tiempo. Pero con la frase de Nietzsche: “¡Ay de aquel que no tiene patria!” (p. 47) grabada desde su infancia en la casa familiar, Ursula Hirschmann custodia con celo los lazos que la ligan a su patria, de los que el principal es el idioma. Lazos que refresca con viajes, que nos narra, que emprende para “reencontrar(se)”. Consciente de que es un trabajo individual, íntimo, Hirschmann retorna a su origen, su patria, su infancia, para re-conocerse. Para reafirmarse, para limpiar ese cristal transparente de sus sueños y mantenerse viva. Para Hirschmann amar Berlín, amar Alemania, es vivir. Re-encontrarse como método para aferrarse a la vida, como la anciana de las cartas reunidas que revive-recuerda en sus memorias de Berlín. Sabiendo que no puede re-encontrarse se pierde en la búsqueda. Perderse por la necesidad de encontrarse, de seguir vivos como pulsión humana. Como ella misma escribe: “¿Hay otros como yo que siguen buscando?” (p. 55).

La historia política de principios del siglo xx y su posicionamiento antifascista truncaron los rastros de su pasado y la obligaron a tener un presente desenraizado que la condena a un futuro inseguro. El conflicto generacional que la distancia de su madre y que la une a su hermano, el deseo sexual insatisfecho que marca todas las rupturas emocionales de su vida (empezando con su madre y pasando por todas sus parejas salvo la última, Altiero Spinelli, quien pone el paréntesis final a su biografía interrumpida por una hemorragia cerebral en 1975), la culpabilidad por la mala maternidad, la castración social de las emociones en la vida adulta, la clandestinidad, el activismo o la muerte son temas de reflexión de estos escritos que transitan entre lo público, lo privado y lo íntimo, como se anticipa lúcidamente en la introducción de María Xosé Agra.

La autobiografía de Ursula Hirschmann es personal pero también colectiva, ya que contiene momentos de su portera, la hija jorobada que fabricaba papel, sus amigos de la infancia, su madre, su padre, sus tíos rico y pobre, su primer marido Eugenio Colorni, su profesor de italiano muerto en la Guerra Civil española, su querido hermano y tantos otros. Como destaca la filósofa política, a cargo de la introducción, revisión y notas de la traducción al español de las memorias de Ursula Hirschmann publicadas originalmente en italiano (*Noi senzapatria*), estamos ante un doble ejercicio político, el de la autora, por contarse, por “transmitir su memoria” y, el de las editoras, por “hacer justicia a sus (de las mujeres) trayectorias, a sus aportaciones, más bien eclipsadas o no reconocidas, y dar a conocer sus

relatos, sus testimonios” (p. 12). La feminista gallega ordena, en su introducción, en una línea temporal los principales acontecimientos de la vida de Hirschmann en un ejercicio de lazarillo para las lectoras, que nos aproxima a la perspectiva de la propia autora, quien en su autobiografía (escrita entre los años 1963 y 1975) se acerca al presente con la mirada del pasado que sobrecarga. Las claves para entender están sólidamente presentadas en la introducción y, dados los saltos temporales de la escritura de Hirschmann, quien mezcla varias épocas en la invocación de ciertos lugares o personas, la brújula es necesaria.

Con un estilo de descripciones pausadas y evocadoras, plagadas de prosopeyas que refuerzan el vínculo íntimo con su ciudad natal, Ursula Hirschmann nos lleva a su Berlín de infancia y juventud para que presenciemos su ejercicio de desempañar el cristal de su memoria. La percepción desde el presente la decepciona porque ese cristal es un espejo viejo y roto que no ha sido reconstruido. Hirschmann siente el paso del tiempo. Lo ve en los nuevos senderos del presente que abren nuevas perspectivas. Ópticas que la autora sabe que serán, a su vez, en un futuro, ese espejo viejo que ya no reflejará a los jóvenes de hoy, a los que el tiempo le depara la posición que ella juega en los días de su escritura. Pero también es consciente de que ella vivió en la patria que un día expatrió a otros. Ursula Hirschmann no quiere volver a su patria, quiere que su patria vuelva a estar en ella, quiere vivir.

En resumen, y así concluimos, Hirschmann alimenta el breve poder tranquilizante de los sueños frente a la realidad. Su fuerte pulsión a que los sueños sean suficientes contrasta con su conciencia de que no lo son del todo porque el tiempo los decolora como a los retratos viejos. Aún así, los sueños y la vida se entrelazan en esta autobiografía como en el clásico de Calderón. Los sueños y los recuerdos comparten muchos elementos según la autora. El sueño de Europa tiene en este texto un relato plagado de recuerdos y memorias personales y colectivas que lo aproxima a la realidad y fortalece su razón de seguir viviendo, de seguir siendo.

Yolanda Martínez Suárez